

LA FACULTAD DE TEOLOGÍA EN UNA IGLESIA LLAMADA A SER “HOSPITAL DE CAMPAÑA”*

THE FACULTY OF THEOLOGY IN A CHURCH CALLED TO BE A “FIELD HOSPITAL”

1. En el mes de octubre del año pasado se realizó en la Facultad una Reunión de Claustro en la que participamos unos cuarenta profesores, reunidos para conversar e intercambiar ideas acerca de la entrevista que el P. Antonio Spadaro S.J. le hiciera al papa Francisco. Como los temas abordados allí fueron muchos, nos pareció oportuno señalar los que podían interesar de manera más directa a nuestra Facultad. En el diálogo tuvimos presente esa perspectiva, la de la posible recepción o incidencia entre nosotros de algunas de las afirmaciones hechas en esa entrevista. La conversación giró en torno a cuatro grandes campos temáticos: Eclesiológico; Pastoral-Moral; Espiritualidad; Diálogo fe-cultura. Haciéndome eco de esa rica experiencia, que seguramente se prolongará en el presente año académico, quisiera retener un párrafo de dicha entrevista, a partir del cual intentaré reflexionar manteniendo la misma perspectiva, a saber, la de su posible incidencia en la vida de nuestra Facultad.

“Veo con claridad –afirma el papa Francisco– que lo que la Iglesia necesita con mayor urgencia hoy es una capacidad de curar heridas y dar calor a los corazones de los fieles, cercanía, proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos el colesterol o el azúcar! Hay que curarle las heridas. Ya hablaremos luego del resto. Curar heridas, curar heridas...Y hay que comenzar por lo más elemental... ser misericordiosos, hacerse cargo de las personas, acompañándolas como el buen samaritano que lava, limpia y consuela a su prójimo. Esto es Evangelio puro.”

* Conferencia Inaugural del ciclo lectivo 2014

Si Francisco ve a la Iglesia como un hospital de campaña, y si la Facultad de teología es parte de esa Iglesia, como efectivamente lo es, ¿cómo incidirá, en la enseñanza y en el estudio de la teología, esa figura tan expresiva, que señala como servicio fundamental el de curar heridas, dar calor y ser misericordiosos? Tal vez una primera orientación la encontremos en las palabras que *Evangelii gaudium* 133 (en adelante, EG) dedica a la teología:

“la teología –no sólo la teología pastoral– en diálogo con otras ciencias y experiencias humanas, tiene gran importancia para pensar cómo hacer llegar la propuesta del Evangelio a la diversidad de contextos culturales y de destinatarios. La Iglesia, empeñada en la evangelización, aprecia y alienta el carisma de los teólogos y su esfuerzo por la investigación teológica, que promueve el diálogo con el mundo de las culturas y de las ciencias. Convoco a los teólogos a cumplir este servicio como parte de la misión salvífica de la Iglesia. Pero es necesario que, para tal propósito, lleven en el corazón la finalidad evangelizadora de la Iglesia y también de la teología, y no se contenten con una teología de escritorio.”

Estas palabras son elocuentes para nuestro propósito: como parte de una Iglesia “hospital de campaña”, la teología –y agrego: también su enseñanza y su estudio– debe llevar en su corazón inteligente la finalidad evangelizadora de la Iglesia, el servicio de curar heridas y dar calor a los corazones.

Francisco nos pide “comenzar por lo más elemental”, es decir por lo esencial, lo central, y recién luego hablar del resto. Desde nuestra especificidad académica, desde nuestra búsqueda continua de una mejor inteligencia del misterio de la Alianza divino-humana, y llevando en el corazón esa finalidad evangelizadora de la Iglesia, nos preguntamos entonces: ¿qué heridas del hombre actual deberíamos atender en primerísimo lugar? ¿Qué Secretos del corazón de Dios debemos visitar, de modo tal que su misericordia por el ser humano histórico, concreto –el de la modernidad tardía– esté siempre ocupando el lugar central en nuestras aulas, nuestras mentes y corazones? Con plena conciencia de que estas cuestiones me desbordan, intentaré al menos esbozar algunos puntos, pensando en un futuro diálogo académico que incluya a profesores y alumnos.

Assumiendo la urgencia epocal y la exigencia evangelizadora de ir a lo esencial tendremos que hacer, desde la teología, el esfuerzo pen-

sante que nos ayude a discernir evangélicamente la herida profunda que lastima a la humanidad del hombre actual. Para realizar ese discernimiento necesitamos que nuestro corazón se sumerja en el abismo de la misericordia divina, único camino para adquirir la lucidez sobrenatural que dicho discernimiento exige. Es fundamental que la experiencia de la misericordia acompañe cada etapa, cada momento de nuestro itinerario, cada una de las disciplinas que jalonan la enseñanza y el estudio de la teología. Una teología que no se limite a ser una pura especulación intelectual –que por cierto lo es, y deberá tender siempre a la mayor profundidad posible– sino que manifieste también su dimensión teologal, es decir que manifieste el carácter *eminente* *deseable* de la vida cristiana. Dicha teología incluirá lo concreto de la humanidad actual –con su herida profunda– *como parte esencial de su comprensión –siempre inacabada– del Misterio de Dios*, de su inagotable misericordia. Ese podría ser el ideal que nos guíe en el intento de plasmar, todos juntos, el estilo de una Facultad que asuma, en la especificidad de su vocación académica, la inspiradora identidad de un hospital de campaña y que lleve en su corazón la finalidad evangelizadora de la Iglesia.¹

En este sentido pueden ser inspiradoras para la teología en general las reflexiones del teólogo italiano Federico Badioli acerca de la antropología teológica:

“Si, en la experiencia pastoral, parece normal que la escucha de la crisis antropológica preceda a la exposición de los fundamentos de la antropología cristiana, de manera que ésta pueda presentarse como una verdadera respuesta a la crisis y no como propuesta desconectada del contexto, ¿por qué esta manera de proceder no será el camino a seguir en la enseñanza académica? ¿Por qué la antropología teológica no consagrará una parte de su reflexión a la escucha de la crisis, antes de apresurarse a presentar su propia síntesis?”²

1. Cf. W. KASPER, *La misericordia*, Santander, Sal terrae, 2012, 139-140: “Después de las terribles experiencias de abominación del siglo XX, el problema del perdón y el amor a los enemigos ha cobrado nueva actualidad y ha llevado en algunos círculos a una absolutamente necesaria reorientación del pensamiento. Se ha evidenciado que la misericordia, el perdón y la absolución, aunque sean actos casi sobrehumanos, también constituyen actos sumamente racionales. Así pues, el amor a los enemigos no es ningún *credo quia absurdum*, sino un *credo quia rationabile est*”.

2. F. BADIOLI, *Se mettre à l'écoute de la crise. L'expérience du trouble dans l'anthropologie théologique italienne*, en: AAVV: *Trouble dans la définition de l'humain*, Revue Transversalités, Supplément N°1, Paris, Desclée de Brouwer, 2014, 113.

Quisiera entonces, a partir de estas consideraciones introductorias, hacer progresar la reflexión en dos momentos, consagrados al discernimiento de lo que, tal vez, sea la herida mayor de la humanidad actual.

2. Cuando Francisco dice que ve “*a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla*” sugiere que la que está gravemente herida hoy es la mismísima vida humana, su *posibilidad, legitimidad y sentido*. Es importante preguntarse entonces, para discernir qué es lo que la ha herido y la sigue hiriendo, *cuál es la batalla* a la que puede referirse el papa. A la luz de lo que he podido leer y reflexionar, me animaré a interpretar –con gran libertad– esa batalla de dos maneras, o, si se prefiere, en dos niveles de profundidad. En primer lugar, ella podría aludir a la *globalización* económica y financiera, generadora de exclusión e inequidad en el mundo. En segundo lugar, la batalla puede referirse a las dos *grandes guerras* del siglo XX y a otras violencias, que señalaron el ocaso de las grandes ilusiones e ideologías del mundo moderno, y el progresivo advenimiento de lo que podemos denominar el *nihilismo posmoderno*.

Antes de abordar estas dos interpretaciones, conviene aclarar que el hecho de hablar de enfermedad o herida epocal no significa ser ciegos o indiferentes a las muchas y maravillosas realidades, fruto de la creatividad humana, que pueblan nuestro mundo y que nos permiten, en muchos ámbitos, vivir mejor que en el pasado. Dice Kasper:

“En nada nos ayuda limitarnos a criticar el mundo moderno y a las personas de hoy (entre las que nosotros mismos nos contamos); *debemos volvernos con misericordia hacia la situación actual* y afirmar que, sobre la niebla que envuelve nuestro mundo y a menudo también sobre las tinieblas de éste, reina el rostro de un Padre que es magnánimo y bondadoso y conoce y ama a todo individuo, un Padre que sabe qué es lo que necesitamos (...) Por eso la Iglesia no debe sermonear desde lo alto del púlpito a sus oyentes con la actitud de quien cree saberlo todo.”³

Es verdad, una actitud meramente crítica, ejercida desde una pretendida omnisciencia descalificadora, es estéril e injusta. Pero al mismo tiempo debemos reconocer que se da hoy una crisis grave, pro-

3. W. KASPER, *La Misericordia*, 156. 158.

funda. Y hay que intentar discernirla evangélicamente, evitando pesimismo desalentador pero también falsos optimismos. Estas consideraciones bien podrían ser un primer elemento a tener en cuenta en nuestra Facultad “hospital de campaña”, en nuestra teología atenta a la finalidad evangelizadora de la Iglesia.

Pasemos al primer nivel de interpretación. Siguiendo las orientaciones del capítulo segundo de EG y del Mensaje del 1º de enero con ocasión de la Jornada Mundial de la Paz, puede pensarse que la herida del mundo actual tiene que ver con *una crisis de la economía*, es decir, de lo que ella ha llegado a significar para la humanidad: no ya la actividad a través de la cual los individuos y las sociedades usan o manejan los recursos para satisfacer sus necesidades, sino esa *comprensión totalizante y reductiva del hombre* como mero “*homo economicus*”, un ser de producción y consumo, sometido a deseos y apetitos básicos, excitados por la insaciable estrategia competitiva y mercantil de una Maquinaria que genera exclusión y explotación del hombre por el hombre. A esta triste realidad –en la que el ser humano se transforma en objeto descartable, “sobrante”– alude insistentemente el papa Francisco:

“Hemos dado inicio a la cultura del «descarte» que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes.» (EG 54)⁴

En esta situación, que se ha globalizado, los pobres sufren inequidad, y los más ricos sufren, muchas veces sin saberlo, la esclavitud de “nuevos ídolos (...) el fetichismo del dinero y la dictadura de una economía sin un rostro y sin un objetivo verdaderamente humano” (EG 55). A ellos se dirige de manera especial Francisco:

4. “El auténtico problema deriva de los actuales procesos de globalización económica y financiera (...) Puesto que apenas existen mecanismos de dirección global análogos al estado –y los que existen son muy débiles– el equilibrio de fuerzas se transforma en beneficio del juego libre y a menudo desbocado de los mercados, o sea, del capital, para el que no cuentan los valores humanos y lo humanamente valioso, sino los datos meramente económicos, y para el que, por tanto, lo más importante es la ganancia y la rentabilidad (...) Hemos perdido la medida correcta y hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, desequilibrando así el propio sistema social.” (EG 180-181)

“Mi palabra no es la de un enemigo ni la de un opositor. Sólo me interesa procurar que aquellos que están esclavizados por una mentalidad individualista, indiferente y egoísta, puedan liberarse de esas cadenas indignas y alcancen un estilo de vida y de pensamiento más humano, más noble, más fecundo, que dignifique su paso por esta tierra” (EG 208).⁵

Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos preguntarnos con Kasper: “¿Qué necesita un ser humano en cuanto ser humano y qué es lo que le corresponde como suyo para poder vivir dignamente, lo cual quiere decir también: con mesurada autodeterminación?” Y afirma:

“Lo que le corresponde al hombre como hombre no son ni pueden ser solo bienes materiales (...) Lo que le corresponde al hombre en cuanto hombre, y eso significa en cuanto ser libre, es, sobre todo, el reconocimiento de su dignidad humana. Lo que se le debe a todo ser humano en virtud de su dignidad es el respeto, la aceptación y el afecto personales.”⁶

3. A partir de esta primera aproximación a la herida epocal, demos un paso más y abordemos el segundo nivel de interpretación de la misma. En realidad se trata de lo que se esconde detrás de la primera interpretación: *en la crisis de la economía se manifiesta una crisis antropológica*, una crisis acerca de la comprensión que el hombre actual tiene de sí mismo. También de eso habla el papa Francisco en la entrevista, cuando afirma: “*El pensamiento de la Iglesia debe recuperar genialidad y entender cada vez mejor la manera como el hombre se comprende hoy*”.

a) Comencemos nuestro discernimiento –dentro ya de lo que podemos llamar crisis antropológica– considerando el ámbito de la *racionalidad*, tal como ésta se impone hoy global y triunfalmente en su versión objetivante tecnocientífica. A pesar de las innegables conquis-

5. N. del A.: Podemos agregar un pasaje del nº6 del Mensaje de la Jornada Mundial de la paz: “El hecho de que las crisis económicas se sucedan una detrás de otra debería llevarnos a las oportunas revisiones de los modelos de desarrollo económico y a un cambio en los estilos de vida. La crisis actual, con graves consecuencias para la vida de las personas, puede ser, sin embargo, una ocasión propicia para recuperar las virtudes de la prudencia, de la templanza, de la justicia y de la fortaleza. Estas virtudes nos pueden ayudar a superar los momentos difíciles y a redescubrir los vínculos fraternos que nos unen unos a otros, con la profunda confianza de que el hombre tiene necesidad y es capaz de algo más que desarrollar al máximo su interés individual. Sobre todo, estas virtudes son necesarias para construir y mantener una sociedad a medida de la dignidad humana”.

6. W. KASPER, *La Misericordia*, 196-197.

tas que esta racionalidad logra en ese sector, ella nos puede llevar tanto a la progresiva pérdida de una familiaridad afectiva con el mundo que habitamos, como también a un empobrecimiento de nuestras experiencias humanas profundas. En este tema conviene tener en cuenta, por ejemplo, algunos efectos negativos de la *cultura de Internet*. Julia Kristeva, entre otros,⁷ ha alertado acerca de ello:

“El peligro clave es el cierre de la experiencia interior: la velocidad de comunicar, la exigencia de ser eficaces y de adaptarnos a la utilidad de la comunidad social *han hecho que la profundidad de la experiencia humana sea olvidada*. Eso lo vemos sobre todo en ciertos excesos de Internet: nos comunicamos pero no estamos alertas a la complejidad de la angustia, de los placeres propios y ajenos (...) Por eso digo: atención. *Necesitamos proteger nuestra experiencia interior* de la influencia de Internet. Es allí donde el trabajo del psicoanálisis, de la literatura y de la filosofía (...) resulta indispensable. Es el único antidoto que podemos tener ante este panorama.”⁸

Me pregunto: ¿podemos agregar, junto a esas disciplinas, el trabajo de la teología, de esa teología que, atenta a la finalidad evangelizadora de la Iglesia, busca sanar, con misericordia, heridas esenciales?

Esas pérdidas –la de familiaridad afectiva con el mundo, la de las experiencias humanas profundas– son heridas concretas, epocales, y no por cierto menores, puesto que, al afectar la racionalidad y la afectividad, lastiman la humanidad del hombre (cf. EG 2). Y así, casi sin que lleguemos a percibirlo, es *el corazón humano* quien se enferma, padeciendo los devastadores efectos de la compulsión y del impulso irresistible, que generan depresión, tristeza, y, en lo más profundo, una inconsolable *ausencia*. Tal vez sea ésta –*ausencia*– la palabra adecuada para comprender el mal epocal mayor, la herida esencial de la modernidad tardía. Podemos llamarla “nihilismo”, pero aclarando que no se trata ya del nihilismo de Nietzsche o Heidegger, con su función desenmascarante de lo inauténtico e idólatrico del mundo moderno. *Se trata, hoy, de otra cosa: de una doble ausencia, que afecta a Dios y al hombre*. En cuanto al *hombre*, empezamos apenas a descifrar las cuestiones con las que nos enfrentamos. Todavía no tenemos noción de la crisis antropológica en la que estamos sumergidos. Se trataría de la ausencia de aquello que hace

7. Cf. A. LACHAND, “Une culture née sur le web”, *Études* (février 2014) 4202, 97-98

8. JULIA KRISTEVA, Entrevista publicada en La Nación, ADNcultura, 6 de diciembre de 2013.

humano al ser humano. Entonces –afirma Maurice Bellet– la humanidad se hunde en la locura, y, finalmente, en “la contradicción impensable de una *presencia* humana que se *ausenta* de su lugar propio”⁹. En cuanto a *Dios* el nihilismo no consiste, según Marion, en “la desaparición de Dios, sino en el descubrimiento de que la *ausencia* de lo que llamamos “Dios” define la forma contemporánea de su *presencia*”¹⁰. Ambas ausencias están vinculadas entre sí, y señalarían, según Marion, una crisis de la racionalidad, más que una crisis de la fe. Y esa crisis nihilista de la racionalidad estriba, según él, en que “la verdad ya no nos sostiene más a nosotros, sino que somos nosotros quienes la sostenemos – tal es la situación insostenible del nihilismo”¹¹.

“Nos hemos transformado en nihilistas, porque *no conocemos más que objetos*”¹², afirma Gagey. Podemos preguntarnos si también Dios correrá el riesgo de transformarse para nosotros en objeto, un Objeto eminente, por cierto, pero “ausente” –aunque hablemos de Él– por causa de esta racionalidad nihilista. Conviene ser conscientes de este posible riesgo que señala con lucidez un sugestivo texto de Corona:

“Sólo un pensamiento objetivante y separado puede preguntarse por la presencia o no de Dios. La cuestión no es entonces cómo se prueba la existencia de Dios, sino más bien cómo es que se ha producido su eclipse o, más bien, cómo es que el hombre no ha notado su presencia y se ha visto llevado a alzarse hasta confiar en que su razón conceptual, lógica, demostradora, tenida por instancia última de juicio, prueba la existencia de *algo* a lo que da el nombre de Dios (...) Las preguntas se alzan: ¿aquella razón que prueba, es instancia última? ¿el Dios que *así* aparece existiendo, es Dios, esto es lo Insuperable *para el hombre* en su vida? ¿es ese un Dios divino? ¿quién ha actuado el ocultamiento del Dios divino?”¹³

b) Demos un paso más. El discernimiento de la herida epocal como crisis antropológica profunda, nos lleva inevitablemente a *replantearnos nuestra manera de ser humanos*. De allí la importancia que adquiere, hoy más que nunca, la interpretación que el hombre hace de sí mismo. Esta interpretación se encuentra en una especie de punto muerto. Se dice que ya no sabemos qué es el hombre, y es evidente que

9. M. BELLET, *L'avenir du communisme*, Bayard, 2013, 78-79.

10. J.-L. MARION, “Foi et raison”, *Études* (février 2014) 4202, 68.

11. J.-L. MARION, “Foi et raison”, 71.

12. H.-J. GAGEY, “Une crise sans précédent”, en: *Se mettre à l'écoute de la crise*, 26.

13. N. CORONA, *Verdades y sentido*, texto inédito, 2013.

esto se debe, en buena medida, al hecho decisivo de que el “sujeto” moderno, el hombre de la modernidad, ese arquetipo humano que se consideró a sí mismo como casi omnipotente, señor de todo y de sí mismo, como alguien que sabía y que podía todo, *ese sujeto moderno, junto con sus ilusiones más caras (como la del progreso indefinido) está en crisis y, para muchos, en vías de extinción*. Un filósofo como Rémy Brague lo afirma de manera lapidaria: “El proyecto ateo de los tiempos modernos ha fracasado”. El “humanismo exclusivo” en el que el hombre moderno se consideró “el ser más elevado, que no tolera a nadie por encima de él”, ese humanismo termina siendo imposible. Y no tanto, como pensaba De Lubac, porque haría inhumano al hombre, sino porque, simplemente, lo *destruye*¹⁴. Volvemos a encontrar ese nihilismo antropológico al que ya hice referencia. También Fabrice Hadjadj apunta en esta dirección cuando se pregunta:

“¿cuál es la especificidad de nuestra época? El progresismo se ha hundido. Ya no creemos más en un futuro feliz. Es un hecho. Y el catastrofismo tiende a generalizarse (...) Se trata, pues, del fin del humanismo progresista. Y todo parece tender, hoy, hacia lo que podría llamarse lo anti-humano o lo post-humano.”¹⁵

Las lecturas de la crisis antropológica son convergentes, y plantean el siguiente interrogante: al eclipsarse el sujeto moderno, ¿quién ocupará ese lugar vacío? ¿Qué nueva comprensión e interpretación del hombre? Se diría que la posmodernidad no la ha encontrado aún y que, bajo el predominio de la racionalidad tecnocientífica, esa ausencia de interpretación se intensifica y se instala culturalmente como dolorosa y profunda ausencia de identidad, soñando tal vez –pero se trata de una pesadilla– con el hombre-robot, un “casi humano”, o también con la extinción absoluta de la humanidad, para así liberar al planeta de su implacable predador.

4. Es aquí que la Iglesia, a través de una teología atenta y sensible al drama epocal, a la crisis antropológica, intentará desarrollar *una racionalidad ensanchada, amplia, inclusiva*, que, desde la fe, toque y sane la racionalidad herida del hombre actual y le presente un hori-

14. R. BRAGUE, *Le propre de l'homme. Sur une légitimité menacée*, Paris, Flammarion, 2013, 35, 21, 36.

15. F. HADJADJ, en: AAVV, *Regards sur notre temps, Entretiens avec Anne Christine Fournier*, Mame 2013, 103.

zonte más grande que el del nihilismo. Esa teología, que puede contribuir a la legitimación de lo auténticamente humano, y de lo humano *más que humano*, no deberá entonces presentarse como “teología de escritorio”, es decir, como un discurso teórico ya conocido y descontextualizado, abstracto. Como afirma Gagey,

“al cuestionamiento del hombre por parte del nihilismo, el creyente sabe qué responder. Sabe que el fin último del hombre está en el Dios que le da Vida (san Juan), que le abre las puertas del reino (Sinópticos), que lo justifica (Pablo). Pero hoy, estas respuestas suenan como respuestas de catecismo en la medida en que todavía no han sido pensadas, es decir, que no han sido experimentadas y re-enunciadas nuevamente a partir de una confrontación rigurosa con el contexto contemporáneo en lo que éste tiene de inédito en la historia de la humanidad. Lo que se requiere, como diría De Lubac, es la inteligencia, por medio de la fe, de la condición del hombre posmoderno.”¹⁶

La teología, en busca de esa inteligencia, podrá abordar, con los recursos inagotables que le brinda la Palabra de Dios, esta novedad antropológica, con la convicción de que *ella*—esa novedad que se presenta como grave crisis— *forma parte de su inteligencia del Misterio de un Dios-Alianza*. Me limito a señalar lo que, a mi juicio, resulta esencial. Ante todo, la teología cuenta con el recurso de la confianza que le da saber que, por más difícil e inédita que sea la situación actual, el anuncio del Evangelio es siempre posible. Así lo afirma Francisco:

“En todos los momentos de la historia están presentes la debilidad humana, la búsqueda enfermiza de sí mismo, el egoísmo cómodo y, en definitiva, la concupiscencia que nos acecha a todos. Eso está siempre, con un ropaje o con otro; viene del límite humano más que de las circunstancias. Entonces, no digamos que hoy es más difícil; es distinto” (EG 263).

En segundo lugar, el recurso de llevar en el corazón la experiencia del amor de Jesús, como lo dice hermosamente EG:

“Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: «Cuando estabas debajo de la higuera, te vi» (Jn 1,48). ¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar

16. GAGEY, “Une crise sans precedent”, 29.

nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, «lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos» (1 Jn 1,3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu *contemplativo*, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás... Cada vez que uno vuelve a descubrirlo, se convence de que eso mismo es lo que los demás necesitan, aunque no lo reconozcan: «Lo que ustedes adoran sin conocer es lo que les vengo a anunciar» (Hch 17,23).” (EG 264.265).

Finalmente, a partir de esta experiencia del amor de Jesús, el recurso de la vida teologal: fe, esperanza, caridad. Si desde ellas reafirmamos –como lo pensaba Pascal– que el hombre supera infinitamente al hombre, entonces podremos sospechar –como sostiene Bertrand Vergely– que el nihilismo actual está movido también él –como nosotros los creyentes– aunque oscuramente y sin reconocerlo, por la sed de absoluto: “*no quiere nada porque quiere todo*”¹⁷. Ese descubrimiento puede señalar el inicio de un encuentro evangelizador inesperado e inédito con el hombre posmoderno, encuentro en el que podría guiarnos, con maestría inigualable, el nihilismo evangélico de san Juan de la Cruz: “Para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto en nada; para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada; para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada; para venir a saberlo todo, no quieras saber algo en nada”.¹⁸ En estas palabras se transparenta la paradoja central de nuestra fe: la plenitud sobreabundante de Dios –el todo, el absoluto– se nos muestra y se nos da en el vacío, o mejor, en el *vaciamiento* de toda idolatría y de toda antropolatría. Esta paradoja, esta *racionalidad paradójica*, debe habitar y estructurar el pensamiento teológico, haciéndolo plenamente *teologal*.

Por eso, a mi juicio, la referencia a san Juan de la Cruz puede resultar decisiva para que la teología cumpla hoy su función evangelizadora. Como bien señala Alain Cugno, hay en el pensamiento del místico español una antropología centrada en el *deseo* y en la acción

17. B. VERGELY, en: AAVV, *Regards sur notre monde, Entretiens avec Anne Christine Fournier*, Mame, 2012, 16.

18. JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo, Noche activa del sentido*, cap.13, 11, Madrid, BAC, 1973, 480.

divinamente aniquiladora de las tres virtudes teologales sobre las potencias del alma: la esperanza vacía la memoria, la fe provoca tinieblas en el entendimiento, la caridad crea desnudez en la voluntad. Vacío, tinieblas, desnudez: se trata de un nihilismo anti-idolátrico que, en su verdad más honda, es, paradójicamente, un anti-nihilismo, ya que en él se realiza eficazmente la participación de la criatura humana en la *kénosis* pascual de Cristo. Por lo tanto su cumplimiento no está en la destrucción sino en una *eminente* deconstrucción teológica *que libera al deseo de su natural inmanencia para abrirlo paradójicamente, a través de la ausencia del Amado, a una trascendencia que anticipa, ya ahora, la anhelada unión con Dios, la ansiada coincidencia entre deseo y plenitud*. Ese acontecimiento inefable, lejos de hacernos abandonar la racionalidad, nos permite reencontrarla, pero ahora ensanchada, ampliada, renovada *desde Dios*; y nos da experimentar que lo que parecía superficial e insípido tiene, en realidad, una profundidad infinita. Todo el desafío está en llegar a darnos cuenta, en volvernos atentos a ese “*no sé qué*” de un sabor muy particular y tenue, apenas perceptible, un sabor del orden de lo deleitable y gozoso.¹⁹

Poniendo en acto estos y otros recursos provenientes de su riquísima tradición, la teología hará *deseable* lo cristiano, no abstractamente, sino como antropología vivida, vivida en la comunión festiva, en una nueva “imaginación de la *caridad*” (Juan Pablo II). Jean-Luc Marion decía, en una entrevista reciente que “para vivir humanamente, hay que vivir un poco *divinamente*”. Este vivir un poco divinamente florece allí donde se reconoce que la criatura humana es *divina*, es decir, *amada*, amada por algo que la trasciende.²⁰ “El amor no es algo que tengamos que defender nosotros, es algo que nos va a defender a nosotros (...) *Es así como se sale del nihilismo*”.²¹

5. Voy cerrando esta reflexión, orientada a proponer una teología evangelizadora y evangelizada, evangelizadora *porque evangelizada también por la crisis epocal*, cuyo punto de partida es la Iglesia como hospital de campaña, que intenta discernir la herida esencial del hombre actual, y que, finalmente, busca sanar y recrear la dignidad de

19. N. del A.: Este párrafo se inspira en: A. CUGNO, *L'anthropologie de Jean de la Croix*, curso inédito, 2011.

20. HADJADJ, en: *Regards sur notre temps*, 108.

21. J.-L. MARION, en: *Regards sur notre monde*, 155.

lo humano abriéndolo, individual y comunitariamente, a un *plus* deleitable de vida y de amor. El ser humano no está abandonado y solo en un universo indiferente en el que nada tiene sentido. Por el contrario, señala Kasper:

“La verdad más profunda sobre el ser humano es que Dios, en su amor, nos ha creado milagrosamente y que luego, al alejarnos de él, no nos ha dado por perdidos, sino que más bien nos ha restablecido y ha restablecido nuestra dignidad de un modo aún más maravilloso... Este mensaje del Dios de la compasión solo podemos proclamarlo con credibilidad si también nuestro lenguaje está signado por la compasión.”²²

El logro de un “lenguaje signado por la compasión” nos invita a preguntarnos *de qué manera se refracta, en cada una de las disciplinas* de nuestra Facultad, la luz que proviene del discernimiento de la herida epocal y del lugar central que deseamos otorgarle a la misericordia como fuente de lucidez evangélica: Filosofía, Humanidades, Historia de la Iglesia, Sagrada Escritura, Teología Moral, Teología Pastoral y Teología Sistemática: todos estos Departamentos –a los que, de manera más o menos explícita he hecho referencia en mi reflexión– que conforman la arquitectura académica de nuestra Facultad, pueden aunarse en una conversación que nos enriquezca, nos interpele, y nos estimule a todos a llevar “en el corazón la finalidad evangelizadora de la Iglesia”.

En la Iglesia “hospital de campaña”, y por lo tanto en la Facultad de Teología, deseamos que las heridas del hombre actual y la sobreabundante misericordia divina se encuentren en nuestro corazón y nuestra mente. Eso es “Evangelio puro”, como dice Francisco. Al iniciar este año académico 2014 los invito a todos a recibir con generosidad renovada la palabra de Jesús al concluir la narración de ese relato ejemplar de la misericordia que es la parábola del buen samaritano: “Ve y haz tú lo mismo”.

Muchas gracias.

FERNANDO ORTEGA
DECANO DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA (UCA)
15.03.14/20.04.14

22. KASPER, *La Misericordia*, 157.